

GLOSAS DE LA GUERRA

Hablar del héroe y del heroísmo es anacrónico en estos tiempos materialistas. Ya lo dijo el ilustre Salaverría en una reciente crónica sobre el mutilado de guerra. El hombre de la ciudad, embebido en la vida estúpida de la lucha por cosas inverosímiles y efímeras—alcanzar un nombre, medrar económicamente, persecución de fáciles placeres, etcétera—, no concibe que haya una juventud enamorada del ideal, del santo ideal de luchar por la Patria. Por eso presencia con cierta aversión el paso de nuestros mutilados y de los soldados que aún traen el barro de las trincheras de Africa. Ellos le traen el recuerdo de la guerra, y no quiere recordar cosas desagradables que le entristezcan, siquiera sea un momento, sus ratos de ingenua y confiada alegría.

Pero no es por eso solo por lo que mira con desafecto al soldado. Su presencia, además de traerle el recuerdo de la guerra, también le trae el de que él tiene una deuda incumplida, y nadie perdona que se le hagan ostensibles los deberes que no cumple. La deuda es de amor hacia el soldado, de apoyo moral que fortalezca su viril espíritu; el deber, el que tiene, como hombre y como ciudadano, de pensar en un ideal.

Pero ese anacronismo desaparece al escribir para VIDA MILITAR. Sus lectores, Suboficiales y Sargentos del Ejército español, eternos novios del ideal de la Patria, comprenden que ahora encaja perfectamente hablar de la abnegación, del sacrificio, del estoicismo de nuestros héroes. Y por eso vamos a glosar hoy el heroico comportamiento de tres de esos valientes. Se llaman Rancaño, García Marcos y Juanola. El primero Suboficial ascendido por méritos de guerra, y los otros dos Sargentos. Los tres pertenecen al Centro Electrotécnico y de Comunicaciones.

Hay tropas a las que, por la especialidad de sus cometidos, no les es fácil hallar ocasión para el lucimiento, a pesar de sus grandes deseos de sacrificio. Así pasa con las tropas del Centro, que son contadísimas las veces que sus hechos pueden destacarse, no obstante la importancia de los servicios que desempeñan.

Dos son los servicios que estas tropas tienen encomendados en Africa: el de las comunicaciones radiotelegráficas, y el de las comunicaciones por automóviles rápidos y camiones.

Pero esa misma carencia de ocasiones propicias para el lucimiento, acentúa más sus deseos de demostrarlo. Ya en 1921 lo justificaron así los Sargentos radiotelegrafistas Domper, Laporta y Segoviano, muerto el primero en Annual, y los dos segundos en Monte Arruit. Sus nombres,

nimbados por la aureola del heroísmo, figuran hoy brillantemente en la lista de los que se sacrificaron en aquellas trágicas jornadas.

Del servicio de automóviles son los tres nombres que hoy vamos a glosar. El recién ascendido Suboficial Rancaño tomó parte muy activa en toda la campaña del 21, al mando de un camión blindado. En el mes de agosto de aquel año debutó haciendo convoyes a la posición de Casabona, de Benisicar; después cooperó a la toma de Nador y Tahuima, donde recogió bastantes heridos. Más tarde, con su *machina farruca*, como la llaman los moros, se enseñoreó de San Juan de las Minas antes de que llegaran las columnas. Hizo recorridos de noche y de día, sin tiempo para dormir ni comer, para tomar parte en todas las operaciones de avance, y en alguna, como en la toma de Ras Tikermín, resultaron heridos los tripulantes; protegió eficazmente al batallón de Alava cerca de Drius, en 8 de marzo de 1922, y auxilió a las fuerzas de ferrocarriles en 14 del mismo mes, cuando fueron objeto de una agresión.

Por este período se le concedió la Medalla Militar, que le fué impuesta solemnemente en Dar Drius, y hace poco el empleo de Suboficial. En marzo último, una bala que penetró por la mirilla le hirió y a tres de sus compañeros, uno de los cuales perdió un ojo.

Es tanto el terror que los moros han cobrado al camión de Rancaño, que cuando en alguna posición tienen que ahuyentar a los *pacos* nocturnos, no tienen que hacer más que poner el motor del carro en marcha. Aún le quedan a Rancaño pendientes otras cuatro propuestas para ascenso.

El hecho de García Marcos está más reciente, y todos le recordáis. Por eso he de ser más conciso en su narración.

En el rudísimo combate de la retirada de Xeruta a Zoco el Arbáa, por indicación del Teniente Coronel Temprano se quedó García Marcos con su blindado en extrema retaguardia, impidiendo con sus fuegos que la avalancha enemiga cayese sobre los últimos escalones. Pero era tal el número de enemigo que venía a atacar por todos los flancos, que García Marcos, para hacer más eficaz el apoyo, avanzó sobre los rebeldes, rescatando una ametralladora y haciendo sobre los jarkeños un fuego mortífero que les causó enormes bajas. También se apoderó de un cañón de Montaña, que metió dentro del carro blindado, y de una acémila cargada de equipajes.

La superioridad dispuso se abriera juicio contradictorio para concederle la preciada cruz de San Fernando.

Para narrar el hecho de Juanola, nada mejor que copiar la nota que en la Presidencia del Directorio facilitaron a la Prensa. Dice así la nota:

«Son tan frecuentes los hechos heroicos que se realizan en nuestra campaña de Marruecos, que a veces ni se mencionan siquiera, y otras son objeto de una breve referencia. Pero en ocasiones culminan de tal manera, que es imprescindible menor sobriedad para contar los heroísmos.

«En el repliegue del Zoco del Arbáa a Taranes quedó imposibilitado de continuar, por lo fangoso y quebrado del terreno, el carro de combate núm. 5, con once hombres que componían su dotación, al mando del Sargento Lorenzo Juanola.

»Treinta y seis horas permanecieron en el campo, combatidos por el enemigo, defendiéndose todos bizarramente, sin un decaimiento ni una alarma, teniendo seis heridos, la mitad de la dotación, y emprendiendo la retirada en el momento oportuno, siempre tranquilos y animosos. Recorrieron así tres kilómetros, hasta llegar al primer fuerte, en el que se presentaron con toda su impedimenta y con la tranquila impasibilidad del heroísmo.

»El General en Jefe, aparte de otras recompensas que procedan y se les otorgarán, dispuso que se repartieran entre ellos 3.000 pesetas, y se ordenó que se formara juicio contradictorio para concesión de la cruz de San Fernando al Sargento jefe de la fuerza.»

Y mientras el hombre de la ciudad sigue con excepticismo cuanto en Africa se hace, estos hombres, que sólo luchan con el pensamiento puesto en su bello ideal, que es la Patria, van aumentando en aquellas inhóspitas tierras las páginas áureas de nuestra historia, a la par que ellos se cubren de laureles.

El más alto galardón a que el soldado español puede aspirar, la sublime cruz de los héroes, la laureada de San Fernando, pronto estará colocada sobre los corazones de estos humildes soldados. Orgulloso puede estar el Cuerpo de Ingenieros, y especialmente el Centro Electro-técnico, por contar entre sus clases a los que mandan los carros blindados 4, 5 y 6.

FERMÍN VEGARA.

Sargento de Ingenieros.

